

Presentación del libro “Vigencia de Maritain”
Santiago, 29 de abril de 2003

MARITAIN, UN CAMINO PARA LA RECUPERACIÓN DE LA POLÍTICA

Es un gran honor compartir con el maestro Jaime Castillo, de quien me considero humildemente su discípulo y con quien, desde fines de los sesenta hasta el golpe militar, junto al inolvidable Claudio Orrego y otros camaradas, trabajamos en el Instituto de Estudios Políticos tratando de producir e incentivar el debate de ideas en torno al humanismo cristiano, en momentos de mucha efervescencia y de posicionamientos irreductibles que ponían a prueba nuestras convicciones.

En ese contexto recibíamos la influencia de acontecimientos externos tan relevantes como el Concilio Vaticano II, la invasión de Checoslovaquia, la división aparentemente definitiva de Europa, la guerra de Vietnam, los inicios del diálogo cristiano- marxista -fuertemente debatido entre nosotros- y, en nuestra tierra, la gigantesca tarea emprendida por la Revolución en Libertad – a mi juicio una de las consecuencias más directas de la fidelidad al pensamiento de Maritain, que comprometió de golpe -como diría el filósofo- toda una concepción sobre el hombre y la sociedad- propuesta que despertó fuerzas dormidas en la base social y generó condiciones para la justicia social en democracia como nunca antes, junto a las reacciones de quienes querían impedir el avance, o quienes lo consideraban demasiado poco y demasiado lento.

Para todo esto, para tener un referente filosófico, conceptual, un marco de análisis que nos permitiera comprender los fenómenos políticos y sociales, y a la vez cargarnos más de razón en nuestras convicciones, a las que -como suele ser- habíamos llegado por una mezcla de intuición, razonamiento propio y la convocatoria de esos líderes magníficos que forjaron la Patria Joven, para todo ello el maestro Castillo nos presentaba a Maritain, su pensamiento profundo y a la vez simple, la arquitectura conceptual que sostenía la tesis del “ideal histórico concreto”, la distinción clara respecto del capitalismo y del comunismo, y con enorme y persistente contundencia, el compromiso del cristiano con la transformación de un mundo materialista e injusto, al que no se debe acomodar ni resignar, para construir la sociedad comunitaria, una comunidad de comunidades, una ciudad de la amistad cívica, integrada, solidaria, equitativa.

El libro que presentamos procura rescatar, en sus diferentes trabajos, el mensaje de Maritain -muerto en Francia en 1973, ya retirado de una activa vida intelectual, docente y diplomática- sobre la sociedad capitalista y sus

alternativas, así como sobre la necesidad del compromiso político de los cristianos con la transformación del orden temporal y la construcción de una nueva sociedad como un “ideal histórico concreto”, realizable, y no una mera utopía.

Para los autores, el pensamiento de Maritain está plenamente vigente y representa un referente doctrinario e ideológico para enfrentar las complejidades de la nueva era global, sus carencias y distorsiones, especialmente en cuanto a la necesidad de recuperar la ética en la política y en la vida social, adecuar los medios a los fines de bien común que se debe perseguir, y sentar las bases de una sociedad en la que se concilien la dimensión material con la dimensión espiritual de la persona, para la vigencia simultánea de la justicia social con la libertad.

Maritain siempre ha sido considerado el inspirador de la doctrina de la DC chilena, cuyo continuador por excelencia ha sido Jaime Castillo Velasco, y de hecho el filósofo mantuvo importante correspondencia con Frei Montalva.

Sociedad comunitaria, ideal histórico concreto, humanismo integral, conceptos maritainianos permanentes que constituyen un referente para derivar de ellos aplicaciones concretas al Chile y el mundo del siglo XXI, y que debemos reincorporar en nuestro discurso cotidiano porque permiten mantener claro el horizonte de nuestra acción política y no nos permiten olvidar quienes somos y a lo que debemos aspirar.

¡¡¡Sin embargo, qué lejanos, queridos camaradas, suenan estos términos en esta época, en la que con la muerte del comunismo, y la aparición, incluso entre nosotros, de un neosocialismo liberal que se acomodó al capitalismo, parecen haber muerto todas las utopías y sepultado los idealismos políticos!!!!

Pero sólo en este contexto valórico las llamadas “decisiones técnicas” adquieren su sentido humanista y no se vuelven contra la persona.

¿Por qué es esto tan importante?

Porque la principal consecuencia política de la pérdida del marco de referencia doctrinario, es la aceptación de que las soluciones a los problemas concretos de las personas son sólo una materia técnica, casuística y coyuntural, y por lo tanto las tareas del Estado deben quedar sólo en manos de los técnicos.

El discurso del tecnocratismo se nutre de la complejidad de los problemas cotidianos y de la falta de adaptación del Estado a la velocidad del mundo actual.

Pero sobretodo se nutre y siente avalado por el repliegue ideológico de los partidos de principios, cuando a ese discurso sólo buscan oponerle uno igual,

también tecnocrático y eficientista, quedando embargados por una espiral de coyunturalismo y soluciones inmediatas, que sólo sirve para legitimar dicho discurso.

Pero la experiencia mundial contemporánea muestra casi sin excepción, especialmente en América Latina, que la vía tecnocrática y coyunturalista ha fracasado y añadido más sufrimiento y postergación.

Eso explica los graffittis que han comenzado a aparecer en diferentes ciudades en el mundo, que claman: “ *queremos ilusiones, no queremos realidades*”. Y explican el movimiento de los antiglobalización, al mismo tiempo que explican el llamado “Woodstock del Papa” en que una convocatoria puramente espiritual es capaz de movilizar a 700.000 jóvenes en Canadá

Esto último demuestra que cuando a una lógica pragmática se le opone la lógica de los principios, un mensaje comprensivo que apela a la persona como lo que es, cuerpo y alma, y le señala un marco referencial de conductas y aspiraciones trascendentes, hay eco y respuesta.

Las angustias existenciales que están acompañando a la globalización en nuestros países y en el mundo no sólo tienen que ver con la economía y el comercio. Los altos grados de insatisfacción por la persistencia de la pobreza, las desigualdades y la falta de oportunidades va acompañada también por un vacío interior que lleva especialmente a los jóvenes a buscar formas de satisfacer la impenitencia de un mundo que le propone solo la materialidad.

Va contra lo que es más central del pensamiento cristiano: la realización plena y armónica de la persona en sus dimensiones espiritual y material.

América Latina es un ejemplo de ello: en diez años de apertura, de crecimiento y de cuadruplicar su comercio, aumentó la pobreza absoluta y la brecha de ingresos, y aparecieron nuevas patologías sociales.

La economía y el comercio, fundamentales para el crecimiento, no tienen la respuesta, porque la respuesta es, ante todo, política, y como tal, es una respuesta ética a los problemas de las personas.

¿Puede el cristiano, y el humanista en general, conformarse? ¿Es compatible la visión humanista-cristiana con el tipo de sociedad que hoy aparece como la única posible?

Estamos hablando de una sociedad que a escala planetaria presenta graves carencias, la exclusión social estructural y la caída en la angustia del materialismo, que son en esencia las mismas hoy que ayer cuando Maritain elaboró su filosofía política.

Dice Maritain, en su obra "Humanismo Integral": *"La condenación que lanza el cristiano a la sociedad moderna es, en realidad, más grave que la condenación comunista o socialista, puesto que lo amenazado por esta civilización no es sólo el bienestar terrenal de la comunidad, sino también la vida del alma, el destino espiritual de la persona"*.

La pregunta es: ¿y una vez acomodados todos a esto, a la dualidad socioeconómica y a la ausencia de un impulso trascendente, qué?

No es sostenible en el tiempo. Ni la exclusión es sostenible, ni la pobreza espiritual es asumible en el largo plazo. Lo que viene es la represión de los materialmente insatisfechos y la náusea, el vacío interior, de los satisfechos.

Muchos ya lo sienten, pero no saben cómo revertir las cosas, ni cuál es el paradigma de reemplazo.

En la misma línea de reflexión del Sumo Pontífice y de los obispos latinoamericanos, desde la democracia cristiana se está planteando la necesidad de "humanizar la globalización" para construir una sociedad verdaderamente humana.

En este contexto, tal vez la tarea política más trascendente que nos quepa cumplir como movimiento político, sea la de "acompañar a la gente" en la transición del viejo al nuevo mundo. Ser un referente para sus angustias existenciales, sus temores y aprensiones ante fenómenos que no conoce y que no controla.

Ese mensaje solidario le dice a las personas que no están solos, que estamos para acompañarlos en el temporal globalizador y que tenemos una propuesta distinta que queremos construir.

¿Por qué razón los políticos cristianos, y los cristianos en general, debieran aceptar que el fracaso del marxismo implique también el abandono de toda otra utopía, incluso la propia? Todo esto vale tanto para nosotros como para Europa y cualquiera de las sociedades de consumo.

Dice Maritain respecto al modelo sustitutorio por el que abogaba cuando la disyuntiva era entre colectivismo o individualismo: *"Es ante todo comunitario, en el sentido de que el fin propio y especificador de la ciudad y de la civilización es un bien común diferente de la simple suma de los bienes individuales, y superior a los intereses del individuo en cuanto éste es parte del todo social (...). Pero además, y por ello mismo, este bien común temporal no es fin último. Está ordenado al bien intemporal de la persona, a la conquista de su perfección y de su libertad espiritual"*.

Hablamos de la *sociedad comunitaria*, es decir, de una sociedad pluralista e integrada, orientada a satisfacer las necesidades materiales de la vida tanto como favorecer el ejercicio de la libertad creadora que genera las condiciones para el crecimiento espiritual del ser humano.

Este es un "*ideal histórico concreto*", plenamente vigente, que no rechaza el mercado como asignador de recursos ni la libertad económica, pero que a la vez se orienta políticamente hacia la equidad social mediante una acción efectiva del estado como garante del bien común.

Todas estas son cuestiones enormemente vigentes hoy en Chile y el mundo.

La tarea es aún más compleja que en los años en que escribía Maritain, puesto que en aquella época había una clara dicotomía, rechazable por igual desde el humanismo cristiano, con dos sistemas en pugna que se disputaban la primacía histórica. Hoy, el desafío es otro y mayor: al haber prevalecido un solo sistema, se hace aparecer como algo evidente que al caer el comunismo ha habido una especie de triunfo del bien sobre el mal. ¿Cómo se puede luchar contra una evidencia tal sin confundirse con una especie de nostalgia o anacronismo que puede ser vista interesadamente como una vuelta al pasado o una revalorización de lo que la historia ha desechado?

Hace pocos días, por ejemplo, un connotado intelectual del liberalismo nacional asimilaba lo moderno a lo pragmático, y lo valórico a lo arcaico. Y por supuesto colocaba a la democracia cristiana en esta última situación.

¿Cómo luchar contra un supuesto "bien absoluto" –el liberalismo, el modernismo, el pragmatismo- aceptado como tal casi sin reservas, aunque sabemos, a la luz de los principios y de los hechos, que la construcción social que se está haciendo planetaria está destinada al colapso espiritual y material?

Dice Maritain: "*El cristiano consciente de estas cosas deberá también abordar la acción social y política...para trabajar por la transformación del "orden temporal"*.

Para quienes siguen el pensamiento maritainiano en su acción política, los elementos diferenciadores con respecto a otras opciones políticas radican tanto en las metas como en los medios. Del mismo modo que sus metas tienen que ver con la creación de una sociedad comunitaria, los medios deben ser aquellos "*ordenados al fin*", y en cierto modo, "*el fin mismo en curso de realización*".

No es lo mismo, por lo tanto, y no serán iguales las leyes, ni los actos administrativos del Estado, ni las decisiones de los organismos internacionales según se crea que el mercado asigna neutralmente todos los recursos, que si se piensa que requiere una orientación en beneficio de los menos favorecidos. O si se piensa en una democracia sólo electoral, que si se piensa en ella como un sistema de participación pluralista que trasciende la pura mecánica del poder.

Conviene reflexionar sobre lo que dicho propósito significa, puesto que en el arco político latinoamericano y chileno hay partidos cuyas dirigencias señalan adherir al pensamiento humanista cristiano, y por lo tanto habría que ver cual es el “hecho diferencial” de la propuesta de la DC.

Ese hecho radica en que para el demócrata cristiano su participación en la sociedad trasciende la esfera de lo individual, pasando a la esfera comunitaria, en una actitud proactiva y militante, con un compromiso con la construcción, en el orden temporal, de la promesa evangélica de la justicia y la paz a partir de – según palabras de Maritain- las *“implicaciones políticas y sociales del Evangelio que a toda costa han de desarrollarse en la historia”*.

Estamos hablando, por lo tanto, en este caso, de un compromiso con el cambio del status quo, y no sólo de una vivencia individual del cristianismo.

La convocatoria de la DC se ha situado históricamente, en Europa y en Latinoamérica, en esta línea maritainiana, esencialmente transformadora de las estructuras que perpetúan las desigualdades, la inequidad y amparan formas autoritarias o de intolerancia integrista en la sociedad.

En el mundo occidental vemos cada vez con más frecuencia el divorcio entre los valores cristianos a los que se adhiere en la esfera personal y las conductas sociales y políticas.

Maritain observaba y reprochaba con vigor en su tiempo estas conductas, cuyas reflexiones son válidas hoy como ayer.

Decía: *“hay para nosotros (como tarea) dos conquistas de la libertad, que corresponden a lo que hay de temporal y a lo que hay de eterno en nosotros, y que deben realizarse juntas. (La libertad interior y espiritual) lejos de cerrarse en una contemplación puramente intelectual que se separe de la acción, por proceder del amor (debe) abundar en acción y penetrar en las profundidades del mundo.*

Dicho en otras palabras: no es aceptable ni contribuye al bien común una incongruencia entre el pensamiento personal y su proyección social y política, y por eso, a diferencia de otros partidos que se dicen católicos o cristianos, el socialcristianismo europeo y latinoamericano, y la democracia cristiana chilena, nacieron precisamente con el fin de proyectar los valores desde la esfera de lo privado a la esfera de lo público, o sea, a la política en su acepción más amplia.

Y aquí está el centro de la cuestión: para algunos partidos los valores cristianos a los que se adhiere deben permanecer en el ámbito de lo privado, y a lo sumo

su traducción social se debe dar por la vía de la caridad, no deben trascender a la esfera de lo político ni lo económico, que serían dimensiones autónomas.

Ello explica, por ejemplo, que se pueda estar privadamente a favor de la vida, y socialmente a favor de la pena de muerte o el aborto. O tener un sentido personal de la piedad, y al mismo tiempo justificar violaciones a los derechos humanos o creer que la pobreza es un problema individual y por lo tanto negar presupuestos públicos o un rol social al estado. O, por último, que se pueda usar el cohecho como práctica electoral y a la vez condenar la delincuencia.

Si los individuos han internalizado históricamente las nociones de libertad, igualdad, solidaridad, pluralismo, pero éstas permanecen sólo en cuanto protegen la esfera de lo individual, sin trasladarse a la vida social, hay allí una claudicación. Se tornan tolerables las desigualdades, se valida la indiferencia respecto del destino del prójimo, y legitiman las posiciones que a pretexto de lo “práctico”, de lo “oportuno”, o de lo inmediatamente rentable, sacrifican una línea de conducta centrada en el interés comunitario.

Las implicaciones de una dualidad valórica personal-social son graves, especialmente en la acción política. En la historia, siempre que se olvidaron los fundamentos y se perdió la consistencia se originaron guerras, miseria, apartheid, torturas y dictaduras.

Asimismo, se produce una fuerte identificación del progreso humano sólo con la posesión de bienes o los avances tecnológicos, sin un correlato en los valores a través de la educación, confundiéndola, por lo demás, con una capacitación para producir y no para convivir.

Un caso concreto: se sacrifica la educación cívica, y a lo largo de dos décadas se minimiza el valor de las instituciones democráticas porque se carece socialmente de una comprensión sistémica de su importancia y sólo se la contrasta con su capacidad para garantizar bienes materiales y no con el avance de las libertades.

No es lo mismo tomar decisiones de gobierno o elaborar las leyes según se haga desde un contexto valórico individualista que desde uno comunitario.

Rendirse a la lógica dual de ser privadamente humanista y socialmente pragmático es lo que lleva a ofrecer a la gente soluciones imposibles, practicar medias verdades e imponer en las relaciones políticas el maltrato a la persona. Se patentiza la pérdida de relación directa entre política y ética, entre política y espíritu, como dijera Frei Montalva entre pensamiento y acción que el humanismo cristiano introdujo, y desacreditan la política como arte de gobernar para el bien común.

¿Qué se requiere para revertir esta situación? Dice Maritain: “*convicción de que el trabajo político por excelencia es el de convertir la vida diaria en una vida mejor y más fraterna, y el de esforzarse en hacer de la estructura de las leyes, instituciones y costumbres de esa vida diaria, un hogar para ser habitado por los hermanos*”.

Sin embargo, en este marco, la acción política significa ser capaces de dar soluciones concretas, de llevarlas a la práctica y dar el ejemplo.

O sea, un enfoque sistémico que requiere del Partido, y de cada uno de los militantes en cualquier ámbito en el que les corresponda actuar, ser capaces de tener propuestas, ser eficientes, de comprometerse con ellas hasta el fin y de dar testimonio de militancia en un partido valórico.

Se trata de la racionalidad ética de la política, que es el camino que propone Maritain, es el más largo, difícil e incomprendido, exige del hombre, dice el filósofo, un heroísmo que lo precipita en la angustia y las penalidades, porque implica ser coherente y consecuente con el reconocimiento básico de los fines humanos de la política: la justicia, la ley y la mutua amistad.

Esta es, para Maritain, la base de que la política no sea “sólo avaricias, celos, egoísmos, orgullos y supercherías infantiles”, y para que, a pesar de lo atractiva y útil que resulte en el corto plazo la racionalidad técnica de la política, se construyan sociedades fuertes, pacíficas y solidarias.

Maritain lo señala muy bien: esta *“es tarea ardua, paradójica y heroica: porque no hay humanismo de la tibieza”*.

Santiago, 29.04.2003
